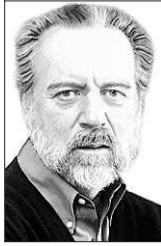


COLUMNA DE OPINIÓN

Naturaleza de nuestro mundo

En abril de 1945 se cometió uno de los actos más vergonzosos de la historia internacional de Chile. Por presión de los aliados, especialmente de Washington, le declaramos la guerra a Japón, que ya ardía de norte a sur mientras Hiroshima y Nagasaki aguardaban su turno. Nada de qué ufanarse. Sin embargo uno, en los zapatos del Presidente Juan Antonio Ríos, hubiera hecho lo mismo. Estaba entre medio la viabilidad internacional del país. No hacerlo era quedar fuera de la ONU, entonces bajo el liderazgo norteamericano.



Por
Joaquín
Fermandois

Fue una situación extrema, excepcional, que retorna de cuando en cuando. El problema es que en nuestros países la costumbre es no saber distinguir lo excepcional de lo corriente, que demanda orientación, estrategia y valoraciones o principios. Por estos pagos, en derechas e izquierdas, algunos se alegran con el regreso de la geopolítica como estrategia. Se ha citado, no sin dejo de aprobación, las palabras de Tucídides de hace 2.500 años, "los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan", en el famosísimo Diálogo de Melos, que en su totalidad es más matizado que lo que representa esta frase.

La geopolítica nunca estuvo del

todo ausente, pero hay que tener cuidado con raptos de entusiasmo. Nuestro país se pondría en una situación muy, pero muy vulnerable. Es cosa de examinar el mapa. Lo mismo vale para la identificación con un ente bastante ficticio como el "sur global" o tantos otros furores que prometían un "cambio de sistema" y la liberación de cuanto esclavitud haya habido. En un país de tradición ideologizada, no es fácil pensar en una buena ecuación entre principios e intereses, y cómo definimos a cada uno de ellos, problema peliagudo incluso desde la teoría. Porque en realidad, en la práctica, ambos tienden a fundirse y confundirse.

La mejor guía es la tradición de política exterior; su transformación,

En un país de tradición ideologizada, no es fácil pensar en una buena ecuación entre principios e intereses, y cómo definimos a cada uno de ellos

que incluye aprender de éxitos y peligros; de ciertas reglas observadas sistemáticamente —respeto a los tratados entre ellas, que también es tremendamente práctica— y de dignidad en los procedimientos y negociaciones; más concretamente, la interacción que sea posible con los países latinoamericanos, sobre todo los del subcontinente; la definición de que pertenecemos a una tradición cultural tanto occidental como aquella de la modernidad que es su pro-

ducto, y que ha tenido efectiva reproducción y asimilación a lo largo del globo. El equilibrio entre las relaciones con la región y con Europa (después se incluyó a EE.UU.), lo que viene de O'Higgins, Portales y Bello. Corolario, desde la segunda mitad del siglo XX, el panorama para Chile se hace más complejo: tanto con el bloque soviético primero, como después con el surgimiento de nuevos focos de poder, China sobre todo, que altera la balanza. Tampoco es como perder la cabeza.

Y dos recomendaciones. Uno, el Presidente de Brasil, quienquiera que sea, siempre merecerá nuestro respeto manifiesto. Necesidad de Estado. Dos, que, sumando y restando, saliendo de un estrecho y vulgar presente, Washington entre los siglos XX y XXI sigue representando la posibilidad de sostener una respuesta más civilizada, razonable (no es fácil decirlo en estos momentos) a los dilemas de nuestra época.

El engolosinamiento con Tucídides es peligroso. Ciertamente, los melios fueron derrotados por Atenas, sus hombres adultos ejecutados, niños y mujeres esclavizados. Mas, por si alguien no lo sabe, Atenas al final perdió la guerra. Que lo excepcional sea excepcional, y que no por abulia se convierta en costumbre; que el aceptar requerimientos de los grandes en esas contadas excepciones sea expresado con mínima dignidad.

Si desea comentar esta columna, hágalo en el blog